

¿QUÉ PASADO PARA NUESTRO PRESENTE?

DEBATES PÚBLICOS SOBRE MEMORIAS,
NEGACIONISMO Y APOLOGISMO.

Victoria Chabrando
Leandro Inchauspe
(Comps)



¿Qué pasado para nuestro presente?

*Debates públicos sobre memorias,
negacionismo y apologismo*

Victoria Chabrando
Leandro Inchauspe
(Comps.)

Área de

Publicaciones

10 Años

PROGRAMA
DDHH



ffyh
Facultad de Filosofía
y Humanidades | UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba

¿Qué pasado para nuestro presente? Debates públicos sobre memorias, negacionismo y apolo-
gismo/ Alicia Servetto... [et al.]; compilación de Leandro Inchauspe; Victoria Chabrando.- 1a
ed.- Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-33-1771-6

1. Derechos Humanos. I. Servetto, Alicia. II. Inchauspe, Leandro, comp. III. Chabrando, Vic-
toria, comp.
CDD 323.04

Área de **Publicaciones**

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación y diseño de interiores: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Co-
mercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



La memoria, el olvido y la política del porvenir

Sebastián Torres*

*Podría decirse que la ordenación del tiempo
es el más eminente atributo de toda dominación.*

Elias Canetti, Masa y poder

§1. De negaciones se han forjado las sociedades humanas, sobre el silencio presente en los discursos dominantes que, a partir de relatos edificantes, enterraron en el olvido a todxs aquellxs que fueron consideradxs un mero medio o un freno para el progreso de la historia. Los procedimientos a partir de los cuales se invisibilizan las violencias genocidas hacia pueblos, comunidades, grupos sociales y políticos involucran una compleja relación entre sociedad y Estado, en la que la externalización de la violencia hacia el “otro” ha sido, al mismo tiempo, una internalización de la violencia hacia un “nosotros” siempre atravesado por el miedo producto de esta permanente reversión.

Cuando en diferentes momentos los crímenes han sido reconocidos, otro dispositivo tan antiguo como la política misma aparece en la escena: la amnistía. A lo largo de la historia la amnistía ha adquirido muchas formas jurídico-políticas, pero esta institución del olvido recurre también a lenguajes sociales y religiosos que buscan un anclaje positivo en una sociedad dañada por el terror: la restitución de la unidad y la paz a partir de una reconciliación que requiere borrar la memoria sobre el pasado.

Argentina ha sido una excepción en esta larga historia occidental, al juzgar y condenar con un tribunal nacional a los responsables del genocidio perpetrado por la última dictadura cívico-militar. Pero, sobre todo, ha logrado que ese hecho excepcional se prolongue en el tiempo. La lucha de Madres, Abuelas e H.I.J.O.S, y de los movimientos

* Docente e investigador FFyH y FCS-UNC

por los DDHH, han enfrentado esa persistente matriz de la amnistía, impulsando la derogación de las posteriores leyes de la “impunidad y olvido” (las leyes de Punto final y Obediencia debida), los indultos y los más recientes intentos del Poder Judicial por desdibujar los daños producidos por los crímenes de lesa humanidad (con el rechazo masivo a la ley del 2x1). Además, estas sostenidas militancias han posibilitado abrir el espacio de la memoria a las generaciones siguientes, a hijxs y nietxs, y a toda una comunidad, que ha hecho de una pluralidad de lenguajes y recursos –de las ciencias, la literatura, las artes visuales y con las más diversas formas del archivo familiar y social– esa trama viva que es la memoria colectiva, la única red que puede contener las fuerzas inmemoriales del olvido.

§2. El negacionismo aparenta ser una forma más básica y menos compleja de la negación. Se trata de una deliberada operación que apela a los lenguajes y las lógicas de nuestra época, para desacreditar la incidencia que el trabajo de la memoria colectiva tiene sobre las instituciones públicas. Es una *reacción* contra los esfuerzos por transformar la dimensión amnésica del Estado democrático, a partir de la expansión de las luchas que, en Argentina, se condensan en la afirmación de la memoria, la verdad y la justicia. El recurso que caracteriza su denominación es la abierta negación de los hechos objetivos y comprobados de crímenes organizados y cometidos por el Estado. Pero no creo que se pueda entender el negacionismo solo por el principio de nominación, corriendo el riesgo de asimilarlo a otras formas existentes, como las actuales negaciones sobre el cambio climático o la pandemia –que sin duda tienen una gravedad propia– y entregarnos a la indistinción misma que resulta de la constatación de un mundo regido por la “libre opinión”, concebida a partir de la multiplicación y masificación de las fuentes de (des)información. El negacionismo no es una fake news, trabaja sobre las atávicas pulsiones al olvido, que los movimientos de DDHH han enfrentado desde sus inicios, a partir de una contundente negativa anti-negacionista: ni olvido, ni perdón, ni reconciliación.

Al negacionismo hay que interrogarlo prestando atención a sus efectos. De otra manera, subestimariamos la aparentemente dudosa

eficacia que puede tener negar aquello cuya verdad ha sido probada y el peligro que comporta para nuestra sociedad. Porque sus dispositivos de intervención no comprometen solo a la verdad, se dirigen principalmente a la articulación establecida con la memoria y la justicia, es decir, con el presente y el porvenir.

§3. Escuchamos diferentes posiciones críticas que atribuyen un debilitamiento de los organismos, movimientos y el mismo discurso de los DDHH cuando son incorporados al Estado. Pero, ¿por qué luchamos cuando reclamamos que los DDHH deben convertirse en una política de Estado? Sin duda que la autonomía es una potencia democrática que hay que pensar, en todas sus formas y posibilidades. Pero lo que no hay que omitir en esta discusión es que son las posiciones negacionistas las que pretenden un “gobierno sobre la memoria”, instigando a las instituciones estatales para que restituyan su histórico poder sobre el olvido.

Se suele ubicar la emergencia del negacionismo en la Europa de la década el 80, sin considerar su contemporaneidad con el ascendente triunfo del neoliberalismo. Pero más allá de las referencias globales, ¿acaso no debiéramos extender nuestro análisis comenzando por el vínculo entre neoliberalismo y dictadura en América Latina, incorporando en ese horroroso experimento social su propia salida jurídico-política a partir de las autoadministras que se otorgaron los gobiernos terroristas en las transiciones democráticas? ¿cuáles son las nuevas formas que, a partir de las llamadas justicias transicionales alentadas por los organismos internacionales y el lobby de diversos grupos, permanecen operando bajo la matriz amnésica de una justicia reconciliadora?

La simbiosis entre neoliberalismo y conservadurismo encarnado en la dupla electoral Milei-Villarruel, e inaugurada por Macri, puede decodificarse a partir de la conocida frase de Margaret Thatcher, “la economía es el método, pero el objetivo es cambiar el alma”. Se ha pensado, con justeza, que esa expresión muestra que el neoliberalismo no puede ser reducido a una política económica. Pero no se ha reparado lo suficiente en que no es posible un gobierno de las almas que no sea, también y principalmente, un gobierno sobre la memoria

colectiva (en el caso de Thatcher, una operación tendiente al olvido de la memoria obrera a partir de la disolución de sus conquistas y la reposición de la gloriosa memoria nacional colonial, a partir del olvido de la violencia genocida que lo hizo posible).

La emergencia del negacionismo no es el resultado de una circunstancial alianza electoral con un minoritario grupo conservador más, es una parte fundamental de la derecha neoliberal, que produce las condiciones para su propia emergencia pública. Debiéramos entender que los llamados de Milei a erradicar todo colectivismo (que le permite llamar a cualquiera comunista, violentando el lenguaje con tipologías intencionalmente difusas, como lo fue la categoría de subversivo y más recientemente la de terrorista) son un claro ataque a esa figura de lo colectivo que ha sido uno de los pilares más importantes de nuestra democracia: la *memoria colectiva*. Por eso, la voluntad de despejar el presente de todo colectivismo, explica por qué su promesa de futuro distópico depende exclusivamente de una purga; “eliminar”, “exterminar”, todo aquello que es susceptible de ser recuperado, reconstruido y regenerado por la memoria colectiva como núcleos emancipatorios presentes y por venir.

§4. Vuelvo a una línea de Elias Canetti escrita en un cuaderno, fechada en 1975, treinta años después del final de la Segunda Guerra Mundial y los campos de exterminio nazi-fascistas: ¿Podemos tener aún una esperanza sobre el pasado? (*Apuntes*, 1973-1984). En esta fórmula poética, en la que conjuga bajo signos de interrogación la paradójal posibilidad de un futuro del pretérito, emergen las ineludibles voces por la verdad, la memoria y la justicia. Elegimos leerlo así, porque nuestra experiencia argentina no nos lleva a suponer que existe una necesaria relación entre la vitalidad de la memoria y el tiempo cronológico. El paso del tiempo no debilita a la memoria colectiva, por el contrario, es necesario el tiempo para que la memoria se amplíe; para que la encontremos y nos encontremos en diferentes momentos de nuestra vida y de la vida social; para que surjan nuevas formas de comprensión y expresión, que conecten reticularmente pasados, presentes y futuros; para que nuestras

reivindicaciones tensen el tiempo, desde la imprescriptible verdad, la paciente labor de la memoria y la impaciente lucha por la justicia.

Por estos motivos, el negacionismo no es extemporáneo, es una de las manifestaciones más actuales del intento por establecer un gobierno autoritario y violento sobre el tiempo. Es la imposición de un tiempo como repetición del genocidio, reiteración de la violencia que, a partir de la muerte y la desaparición, pretende borrar de la historia todo resto emancipatorio. Violenta el presente para despejar el terreno hacia un futuro despojado de toda forma de resistencia y alternativa. No hay que discutir con el negacionismo, hay que discutir al negacionismo, desactivarlo a partir de los saberes y prácticas que hemos aprendido y seguimos aprendiendo en estos cuarenta años de democracia.

La evidente y muchas veces mal oída preocupación de las nuevas generaciones por el futuro, en un mundo que, por donde se lo mire, no parece ofrecer un porvenir, nos enfrenta a un presentismo absoluto que ha adquirido tonos dramáticos. Sin embargo, solo la representación de un tiempo lineal, homogéneo y progresivo, ahora detenido por un capitalismo sin promesa, permite que se imponga la idea de un futuro que, negando el pasado, lo reduce a una referencia nostálgica ante lo incierto del presente. Pero esta experiencia no puede asociarse a un debilitamiento de la memoria colectiva. En el deseo de futuro también tiene que sostenerse el *derecho a la memoria*, que es siempre un derecho para las nuevas generaciones, para lxs que están llegando, para lxs por-venir.

